

La odisea de la celebridad

Por Alberto Romero

Entre los cuatros y los doce años uno ha deseado ser militar, bombero, doctor, clérigo o artista de circo. Después comienzan a carecernos las muelas, estudiamos filosofía y la poca cordura con que vivimos al mundo se desvanece.

Ya no nos seducen las carreras ni los oficios modestos. Todos ambicionan llegar a ser hombres célebres, que es lo peor que uno puede ambicionar.

Para mantenerse en el escenario de la notoriedad hay desde luego que renunciar a ser hombre libre. Un sabio, un gobernante o un artista célebre se debe ante todo a sus contemporáneos, y en esa situación está obligado a escuchar los disparates que le proponen sus admiradores.

Donde quiera que vaya tendrá que asistir a una serie de fiestas de índole variada, en las que, como festejado o bien como simple figura decorativa, no podrá hablar ni moverse ni manifestar sus deseos de acuerdo con lo que piensa, porque la celebridad es con respecto al sujeto célebre lo que los anteojos de larga vista en relación con el panorama. Si el observador regula defectuosamente la posición del objetivo, verá perspectivas borrosas o cuerpos excesivamente abultados, que es ni más ni menos lo que le sucedería al individuo célebre si por distracción se permitiera escarbarse los dientes al final de un banquete.

Con el laudable propósito de no caer en lo vulgar, las celebridades necesitan revestirse de cierta pose y asumir las actitudes más diversas y opuestas, lo que constituye en muchas ocasiones una tragedia en la que participan médicos alienistas y enfermeras.

Los individuos reconocidamente notorios, como los pararrayos, atraen a los que no lo son, y especialmente a los imbéciles, que acechan, distraídos de admiradores, el momento propicio para dispararles un montón de malos libros, de planes descabellados, de problemas y discursos...

Los que en el transcurso de su vida han madurado algún proyecto económico, un invento o una comedia; los que en su hogar son destruidos, los que preparan novelas futuristas, aguardan confiados la visita de una celebridad para desahogarse.

Y en abierta competencia con los escritores y economistas, hay que considerar a los fabricantes que envían muestras de sus productos a los hombres célebres. Con la firma de Mussolini un agricultor ha vendido millones de litros de leche. Basó una palabra de D'Annunzio para que los boticarios colocaran ingenuamente la existencia en bodega de una harina cuyas cualidades se recomendaban como un estimulante eficaz para las madres que crían a sus hijos.

No hace muchos días, una escritora inédita y fea obtuvo un triunfo colosal con unos versos que so-



me... de Diez Canedo.

—¿Y quién es el señor Diez Canedo, señorita?

La escritora, que ha reemplazado el agua y el jabón por unas cremas abominables, abrió tamaños ojos.

—Pero usted no conoce a Diez Canedo, el eminente escritor español?

Y del interior del maletín extraño el álbum que las mujeres cursis tienen dispuesto para cuando asome una celebridad, y con una desilusión visible nos enseñó la firma "epatante" de su víctima, confundida con sabia discreción entre las numerosas firmas anónimas que honraban el ofertorio lírico.

Blasco Ibáñez, con más pericia que el señor Diez Canedo, no tuvo que soportar las majaderías de sus admiradores y admiradoras. Este hombre, para demostrar hasta qué punto llega la fragilidad de la fama y cuán fácil es su curación, con dos o tres impertinencias que soltó al oído de los periodistas que fueron a entrevistarle y par de confe-

rencias que...

in caite de... años, perd...

unos cuantos días la celebridad...

quisada con sus libros. El marqués de Dos Fuentes, a quien debió consultar Diez Canedo antes de aventurarse a venir a Chile, fué un personaje hasta el momento que, presintiendo el martirio de que iba a ser víctima en su calidad de hombre notorio, dió en comerse una pata de gallina con ayuda de los dedos.

Hay situaciones, deseos y actitudes incompatibles con la celebridad, como hay celebridades incompatibles con determinados individuos, que son justamente los que sueñan con alcanzar la Fama.

Cuando se ha conocido a un hombre consagrado, uno comprende que es preferible no inventar nada o escribir con la ortografía y el estilo de una cocinera antes que aceptar la librea abominable de una celebridad que a la postre, como todas las cosas humanas se desinfla y marchita.